

LA ORGANIZACION DEL EJERCITO ROMANO

Por: LIC. MARCO ANTONIO PEREZ DE LOS REYES

SE ha dicho, y con razón, que Roma es en la historia la gran legisladora del Mundo Occidental, dado que la estructura jurídica de esta parte de la civilización contemporánea basa sus principios jurídicos principalmente en el Derecho Romano.

La historia de Roma en su total desarrollo, abarca un largo período que se inició en el año 753 a.C. con la fundación de la propia ciudad y que concluyó en el 1453 de nuestra era cuando Mahomed II se apoderó de Constantinopla, capital del Imperio Romano Oriental, último baluarte del complejo cultural de Roma; esto quiere decir que la historia de Roma es de 2,206 años, 23 largos siglos de historia que fue tomando directrices y cauces, a veces muy complejos, y de los cuales nosotros somos en gran medida herederos directos.

Por otra parte, como todos sabemos, el mundo Romano alcanzó una extensión nunca antes imaginada, que comprendía la Europa sur y central, Asia Menor y el norte de Africa, de tal suerte que el Mar Mediterráneo fue conocido como el "mare nostrum" por los romanos. Gracias a esta expansión territorial fue posible que la cultura romana se viera enriquecida con diversas aportaciones de los pueblos vencidos y a la vez los romanos se convirtieron en grandes transmisores y divulgadores de civilización, imponiendo un estilo peculiar de organización y de cultura.

Por todas estas consideraciones, resulta claro que un elemento básico para el logro de tales objetivos fue, a no dudarlo, el ejército

Conferencia dictada en la Facultad de Derecho de la Universidad Veracruzana, en noviembre de 1983.

romano, ejército cuyas principales características, vestimentas y procedimientos nos son relativamente familiares por las muchas representaciones de todo tipo que han llegado hasta nuestros días, pero que sin embargo, desconocemos en sus detalles ya que pocas veces nos detenemos a reflexionar sobre el particular, por lo mismo, consideramos que como estudiosos del Derecho Romano debemos prestar atención a la organización bélica de Roma, misma en la que encontraremos un rico caudal de conocimientos y de datos que nos permitirán captar con mayor facilidad su idiosincrasia, como nación y como estilo de vida que luego se verán proyectados en su sistema jurídico.

Es famosa la máxima de Vegecio "Si quieres la paz, prepárate para la guerra", y la verdad es que éste era el principio angular de la política extranjera de Roma, de tal manera, que el ejército romano no tuvo rival en muchos siglos.

Para su maquinaria militar los romanos adoptaron armas y tácticas dondequiera que las encontraron, de los macedonios, de los cartagineses, de los egipcios, de los bárbaros. Pero su fuerza estribaba en sus hombres, los romanos habían nacido para la guerra; la aristocracia producía Generales tan brillantes como Julio César y Pompeyo, el pueblo proporcionaba una intrépida infantería, que organizada en falanges era simplemente avasalladora. Por algo dice Josefo Flavio, historiador judío que sobrevivió a un sitio romano, "los guerreros luchaban como si sus armas estuvieran permanentemente unidas a ellos".

El historiador Barrow ha dicho que la mentalidad romana es la mentalidad del campesino y del soldado, no la del campesino, ni la del soldado por separado, sino la del soldado-campesino, y en general, esto fue así hasta los tiempos posteriores cuando ya podía no ser ni campesino, ni soldado, puesto que la bonanza llegada a Roma como consecuencia de sus conquistas, le permitían ejercer otras actividades.

El destino del campesino es el trabajo inaplazable porque las estaciones no esperan al hombre, la rutina es su ley porque los procesos de siembra, germinación y recolección se suceden en un orden inalterable, el campesino es hombre práctico porque los conocimientos que adquiere de su contacto con la naturaleza, valen más que todas las teorías y especulaciones abstractas, sus virtudes son la honradez, la frugalidad, la previsión, la paciencia, el es-

fuerzo, la constancia, la sencillez, el valor y la humildad frente a los fenómenos incontrolables.

Curiosamente, estas mismas son las virtudes del soldado; también él ha de conocer el valor de la rutina que forma una parte primordial de la disciplina, ya que tiene que responder casi instintivamente a cualquier llamada repentina. Debe bastarse a sí mismo. El vigor y la tenacidad del campesino son indispensables al soldado, su tendencia a ser práctico hacen que el militar sea a la vez un albañil, un zapador, un abredor de caminos y un constructor de baluartes, ya que lo mismo ha de hacer la guerra, que trazar un campamento o una fortificación, medir un terreno, o tender un sistema de drenaje, y puede vivir en el campo porque en su vida campesina siempre lo ha hecho, y es leal con las personas, los lugares, los amigos, los símbolos y los jefes.

Para él la guerra es una actividad útil, cuando una campaña termina consigue tierras de labranza. Por otra parte, en sus recorridos ha visto nuevas costumbres, mismas que con la debida cautela imitará lo que le parezca más apropiado, pero siente que su hogar y sus campos nativos forman el lugar más risueño de la tierra y no desea verlos cambiar, porque después de todo ha luchado por sus tierras, por sus mercados, por el bienestar de sus hijos y la grandeza de su Patria cuyo ideal máximo es el de la "Paz Romana", un mundo organizado bajo los estandartes de Roma.

Obviamente, la organización militar romana fue variando en el transcurso de su historia y de acuerdo al marco referencial de las circunstancias y necesidades de cada época. Poco se sabe del ejército romano antes del siglo IV a. de C., pero se supone que durante la monarquía, el rey etrusco Servio Tulio construyó las primeras murallas de Roma y organizó al Estado sobre una base militar, así los romanos se convirtieron en una nación en armas, en la que todos los ciudadanos varones entre los 17 y los 46 años de edad (los iuniores), estaban sujetos al servicio militar, y los comprendidos entre los 46 y los 60 (los seniores), eran útiles para la reserva. El principal deber cívico de los romanos no era pagar impuestos, sino ocupar su sitio en las filas del ejército.

Pero era absurdo ir a la guerra si el ejército no quería pelear y por eso, cada vez que los ciudadanos se alistaban a las armas, el rey les preguntaba si aprobaban la campaña, para ello se convo-

caba a la asamblea a toque de trompeta y se reunían en el campo Marte (recordemos que éste era el dios de la guerra), fuera de las murallas. El voto de cada hombre se valoraba de acuerdo con su rango militar, un lancero con armamento completo podía sobrepasar en votos a varios arqueros o tiradores de honda y un hombre montado podía vencer a varios buenos lanceros. Quiere decir esto, que en los primeros tiempos, Roma estuvo defendida por soldados dedicados parcialmente a esta profesión y cada ciudadano debía aportar sus propias armas de acuerdo con su posición económica, de tal manera que se les dividía en cinco clases que se formaban de la siguiente manera: La primera con aquellos que contaban con una fortuna de más de 100,000 ases, la segunda con los que tenían más de 75,000 ases, la tercera con los que poseían más de 50,000 ases, la cuarta con los de más de 25,000 ases y la quinta con más de 12,500 ases; el resto de la población desprovista de fortuna integraba la subclase de los proletarios, llamados así porque sólo podían ofrecer al Estado su prole.

Los soldados más ricos a los que se llamaba caballeros iban montados y llevaban yelmo de bronce, escudo, coraza, lanza y espada, los más pobres conocidos como vélites, no tenían armadura defensiva y estaban equipados solamente con hondas y piedras. El ejército contaba también con armeros y trompeteros profesionales. Este tipo de ejército funcionó muy bien durante cuatro siglos porque los romanos solían pelear con valentía en defensa de su ciudad y de sus posesiones, y su inalterable respeto por las antiguas costumbres, por el orden y los deberes públicos, dio como resultado tropas estables que eran algo más que un equivalente de los ejércitos mercenarios del mundo griego, su táctica era la de la falange espartana-macedónica. En ese entonces Roma era una más de las muchas ciudades-estado modestas del Lacio pero las necesidades de su propia defensa hicieron a sus moradores cada vez más militaristas y agresivos. En el transcurso de los tiempos fueron conquistados los etruscos, los sabinos, los volscos y samnitas, así como rechazadas diversas invasiones de los galos. No obstante éstos derrotaron aplastantemente a los romanos en la batalla de Allia en el 391 a.C. y esta humillación hizo necesaria una reforma en la organización bélica. Para entonces Roma era ya un lugar de cierta importancia y en los inicios de la República bajo los primeros cónsules los romanos se asociaron, de igual a igual, con la confe-

deración de las doce ciudades latinas vecinas suyas. Así, el ejército aliado estaba formado por dos contingentes aproximadamente iguales, uno romano y otro latino y era dirigido en forma alterna unos días por un general romano y otros por un latino, este ejército aliado estaba continuamente empeñado en guerras de conquista ya fuera contra las civilizadas pero decadentes ciudades de Etruria o contra las tribus más salvajes de las colinas de los Apeninos.

A inspiración del cónsul Marco Turio Camilo, Roma fue fortificada de nuevo y su ejército reorganizado, el ejército siguió siendo una leva ciudadana cuyos miembros cobraban su soldada (de donde deriva el término sueldo) y su salario (pago complementario integrado con saquitos de sal); pero la falange fue sustituida por la legión, lo que le dio más libertad y rapidez de movimientos estratégicos. La palabra legión viene de legio que significa reclutamiento, estaba integrada primero por tres mil soldados de infantería y trescientos caballeros, y más adelante por seis mil infantes y trescientos caballeros. Cada legión se dividía en diez cohortes de seis cientos hombres cada una, éstas a su vez en seis centurias, es decir, unidades de cien hombres comandados por un centurión quien imponía una disciplina rígida, hay que recordar que el símbolo de oficio del centurión era la vara con la que castigaba a sus soldados.

La fuerza principal de la legión era la infantería pesada que se formaba en tres líneas, al frente iban los hastati, en la línea intermedia los príncipes y en la retaguardia los triarios, cada una de estas líneas se dividía en diez compañías llamadas manipulos (puñados). La caballería cubría los flancos con un total de 300 jinetes en diez escuadrones de 30 personas cada uno. La virtud de la formación manipular consistía en que posibilitaba tanto una defensa elástica como un ataque flexible, la legión podía extenderse, alargarse, redondearse, formar semicírculo, dispersarse y cerrarse para presentar la solidez de un muro, en una palabra, se prestaba para todas las formaciones de combate. En el curso de la batalla las filas de retaguardia proporcionaban un apoyo a quienes en el frente caían o se agotaban, es curioso señalar que la caballería desempeñaba funciones meramente secundarias, en campo abierto y en persecuciones, pero frecuentemente los jinetes se bajaban del caballo y se integraban a la infantería. Los más jóvenes

eran seleccionados para la vanguardia, en tanto los más grandes formaban la línea de triarios, a los que a veces se les ahorra la necesidad de combatir en el caso de una rápida victoria, sin embargo, estos triarios representaban la posibilidad de contar con un apoyo adicional de refresco que bien podía ser decisivo en la batalla. Este sistema de las tres líneas de combate era muy bueno, en cuanto que mantenía fuera de la zona de peligro durante tanto tiempo como era posible a dos tercios de los soldados y a la vez aseguraba a una línea derrotada una buena oportunidad de retirarse con seguridad, lo que servía en gran medida para alimentar la moral y la confianza de los soldados.

Por otro lado, los legionarios estaban entrenados para soportar las más penosas fatigas, el soldado romano llevaba en sus largas marchas no sólo sus armas, sino también el material de campaña, unos treinta kilos aproximadamente, y llegara de tarde o de noche a una región, fuera amiga o enemiga y por cansado que se sintiera, debía trazarse su campamento rectangular, abrir un foso, disponer la tierra para que sirviera de trinchera y plantar las tiendas con arreglo al orden de marcha porque no era conveniente arriesgarse a una sorpresa.

Fuller consideraba que el de los romanos era el más grande ejército atrincherado de la historia, dado que las legiones siempre estaban respaldadas por un campo fortificado, en caso de necesidad y en campañas prolongadas construían un nuevo campo al término de cada día, aún a costa de reducir el tiempo de marcha a tres o cuatro horas por la mañana, con objeto que la tarde pudiese dedicarse a excavar.

El tamaño y la forma del campamento variaba según el terreno, pero siempre que era posible, se construía en forma cuadrada y lo bastante grande para acomodar dos legiones. Las reglamentaciones del ejército dictaminaban que un campamento aunque fuera provisional, tenía que ser sólido y estar bien defendido, por eso los soldados cavaban fosos defensivos y la tierra removida se utilizaba para formar un terraplén cubierto de césped, asentado con una sólida empalizada de estacas (esto se llamaba *agger*) dentro del campamento los soldados y sus jefes vivían en tiendas de cuero alineadas por centurias y legiones que se comunicaban por calles rectas que iban de norte a sur y de oriente a poniente, clasificadas como vías principales y vías secundarias; en

el centro del campamento se alzaban las tiendas de los jefes principales y sus hombres de estado mayor, aquí también solían tener tiendas custodiadas en forma especial para contener a los prisioneros más importantes, de tal suerte que fuera difícil que se evadieran porque tendrían que atravesar prácticamente todo el campamento, esta zona se llamaba presidium, de donde deriva el término presidio para referirse a la prisión (por lo que no nos hace mucha gracia ahora ser considerados miembros del presidium de esta reunión académica).

Todos los campamentos contaban con lugares especiales destinados al arsenal, a establos, equipajes, cocinas, letrinas, hospitales y sanidad. Hay que advertir que los soldados no estaban particularmente bien alimentados, raras veces comían carne y su principal alimento en campaña era un pan sin levadura, hecho de trigo crudo sobre piedras calientes o sobre ascuas.

El campamento contaba generalmente con cuatro puertas de acceso, una principal, dos laterales y una trasera fuertemente vigiladas. Tanta molestia para hacer estos campamentos se la tomaban los romanos por dos razones, primera porque apreciaban el valor de la seguridad y la comodidad y, dado que empleaban gran parte del tiempo pasando en el campamento en adiestramiento militar y entrenamiento físico, deseaban estar en las mejores condiciones de alojamiento, y segunda porque las legiones no presentaban batalla, a menos que tuviesen a mano una área fortificada a donde retirarse en caso de derrota, por lo que sus fracasos bélicos rara vez fueron desastrosos.

Fue durante la República precisamente cuando Roma desarrolló un notable número de compañías militares, que trajeron como consecuencia el advenimiento del Imperio, organización política indispensable para controlar las vastas y lejanas provincias. El asunto de la guerra y de la paz era cuestión que se atribuía esencialmente al Senado, órgano básico de poder en la República, era en su seno donde realmente se sostenían largas discusiones en torno a estos temas, porque si bien los comicios tenían que ratificar los tratados de paz y las declaraciones de guerra, éstos se reunían de tiempo en tiempo, a diferencia del Senado que lo hacía a diario. En ese entonces los cónsules comandaban las huestes durante un año único de mandato, por lo que estaban ansiosos de conducir al ejército y alcanzar una sonada victoria que los hiciera famosos.

A estas alturas el ejército estaba integrado ya por soldados de oficio y no por campesinos sin paga, quienes naturalmente se sentían ansiosos de volver a sus tierras a tiempo para la cosecha perjudicando así el final de la campaña. El cónsul Mario reorganizó profundamente al ejército, reclutó sus tropas entre voluntarios sin tierras y les ofreció la seguridad de una paga permanente, armó a todos sus soldados con un equipo igual: casco, escudo y peto, una espada corta (parecida a la gladiis) y una lanza o jabalina de 1.80 metros de longitud y una punta de hierro en forma de arpón, esta punta se torcía al hacer impacto, de manera que el enemigo no podía utilizar el arma en su propio provecho, también llevaban los soldados una daga de 60 centímetros de longitud y de doble filo para los ataques cuerpo a cuerpo. Tanto los hastati como los príncipes iban tocados con un casco de bronce, con carrilleras y vistosos penachos de crin, en tanto que los triarios se cubrían la cabeza con una piel de lobo asomando la cara por entre las fauces, a manera como lo hacían los caballeros jaguar de nuestros indígenas prehispánicos.

Aún así, subsistía el servicio militar para los ciudadanos comprendidos entre los 17 y los 60 años, aunque ya los pobres no estaban obligados a ello, al principio el reclutamiento era para una sola campaña, pero en el siglo III a.C. el servicio duraba un promedio de siete años.

El Senado decidía sobre el reclutamiento y los cónsules escogían a los hombres; los enfermos y los inválidos estaban exentos, los conscripti o conscriptos eran repartidos en las diversas legiones, juraban fidelidad a sus insignias y a sus jefes todos iban protegidos por un largo y rectangular scutum o escudo. Mario procuró mejorar la dieta del recluta con novecientos gramos de trigo diarios, carne, vino y lo necesario para condimentar sus alimentos, aunque siguen estando mal pagados, por lo que se aprovechan del botín.

En cuanto a los soldados de carrera al final de 20 años de servicio recibían una suma de dinero según su jerarquía militar y un lote de tierra. Si se trataba de altos jefes o de personas que hubieran efectuado grandes hazañas, se les consideraba meritorios, y a veces se retiraban al interior del país en villas o ciudades de descanso en donde se les entregaba una pequeña propiedad, tal era el caso de ciudades como Pompeya, Herculano y otras más y

tal el caso de Mérida en España, considerada villa de meritorios o veteranos ilustres.

Los dos cónsules anuales que comandaban las tropas, por lo general eran políticos carentes de instrucción de mando, esta singular jefatura dual tenía el propósito de aminorar las posibilidades de una tiranía militar, pero resultaba inconveniente para la táctica militar, por otra parte, el cambio de cada año dificultaba la continuidad de una política bélica, incluso la rotación diaria en el mando resultaba de lo más impráctico que se pueda imaginar, por lo que los romanos de la época republicana terminaron por crear la dictadura como una magistratura extrema; en la que entregaban el poder absoluto por seis meses en manos de un jefe que por regla general era experimentado y quien podía salvar al país de un desastre inminente.

Paramediados del siglo III a.C. Roma, con sus complejos intereses políticos y comerciales tropezó con el desafío de Cártago, la ciudad más opulenta de Occidente, por lo que ambas potencias se enfrascaron en las llamadas guerras púnicas que fueron tres largas campañas en las que con grandes dificultades resultó al fin victoriosa Roma, gracias en gran medida a la organización de su ejército, en que los dos cónsules comandaban en forma suprema a las legiones y debajo de ellas 6 tribunos militares y 60 centuriones formaban el núcleo del mando militar. Pero el ejército así formado para defender a la República y extender sus dominios, terminó al final por destruirla ya que los hombres luchaban por obtener su paga y eran propensos a ser leales a los generales que les pagaban, más que al propio Estado Romano, así fue que personajes como Sila, Pompeyo, Julio César y Octavio ejercieron el mando supremo gracias a la lealtad de sus tropas y no porque hubieran sido electos, para el poder por el pueblo.

Octavio Augusto así lo comprendió y al iniciarse el imperio se dio cuenta que debía formar un ejército que defendiera las fronteras pero que fuera leal al Estado y a sus jefes, por ello primero licenció al vasto número de soldados que quedaban de las recientes guerras civiles, redujo el ejército a 28 legiones, manteniendo el mayor número de ellas en las provincias, donde más se las necesitaba. Roma quedó custodiada por las guardias pretorianas, tropas seleccionadas por su capacidad y lealtad para cuidar de la persona del emperador y que se llamaban así porque eran

comandadas por dos prefectos quienes eran de absoluta confianza del César Augusto, mismo que dictaba sus órdenes directamente a los prefectos.

Las otras legiones estaban bajo el mando de militares de rango senatorial, debajo de los cuales había centuriones mayores que tenían muchas posibilidades de entrar en un momento dado, al servicio civil del emperador por lo que les convenía serle leales.

Además de estas tropas estaban los auxiliares que servían de apoyo y que se integraban con batallones que sumaban varios miles y que eran reclutados entre las tribus locales más leales a Roma. En pleno Imperio, el ejército se había independizado de la decisión de los comicios, la ciudadanía romana se había hecho extensiva a otros pueblos y, por lo mismo, se dedicaban a tareas ajenas a la milicia, así pues, la mayoría de los soldados ya no eran propiamente romanos y los romanos auténticos en su mayoría ya no eran soldados. Por otra parte, ya no había posibilidad de repartir tierra a los veteranos con tanta liberalidad como antaño, ni a los comandantes les interesaba ser campesinos acomodados, después de probar las mieles del triunfo, del lujo y del poder que les brindaba su elevada jerarquía, así como sus contactos con políticos encumbrados, por lo que rápidamente vendían sus tierras y luego de dilapidar su dinero engrosaban las filas de desocupados que cada día se hacían más numerosas y que terminaron asfixiando a Roma.

En tiempos primitivos los generales se contentaban con disfrutar al final de sus hazañas de la ceremonia del triunfo, en que hacían su entrada impactante a Roma con un desfile imponente hasta el templo de Júpiter en el Capitolio, el General victorioso usaba para siempre vestiduras especiales, mismas de las que a su muerte sus familiares convertían en objetos de lustre y de renombre, tal ceremonia era aprobada en cada caso por el Senado después de discutir los méritos del triunfador y el pueblo veía con gran placer a sus tropas, al contingente de prisioneros y los trofeos obtenidos sobre el enemigo; pero ya en el Imperio a los Generales les interesó mucho más participar activamente en la política, al grado de quitar y poner emperadores que resultaban verdaderas deformaciones de los primeros forjadores del Imperio, la soldadesca, que no el ejército, a esas alturas se convirtió en el árbitro

del poder en la otrora Roma majestuosa de los Césares, y los mismos pretorianos eran verdaderos intrigantes palaciegos.

En las provincias ocurría algo similar el pro-cónsul o pretor tenía una libertad de acción muy grande, su principal deber era el mando de la guarnición de tropas a su cargo, así como el mantenimiento del orden de la región, también era juez supremo entre los habitantes locales, pero generalmente ese pro-cónsul no conocía el lugar, a veces ni la lengua y costumbres del país, no gozaba de un salario fijo y si debía mantener un tren de vida que sólo era factible mediante la corrupción y la arbitrariedad.

Para colmo, en el siglo III d.C. la carencia de dinero se agravó tan rudamente que los emperadores no podían pagar con puntualidad a sus soldados y les daban entonces monedas de cobre con un baño de plata, los mercaderes se negaban a recibirlas, los precios se alcanzaron a cifras increíbles y hubo una inflación terrible, cuyos efectos seguramente ustedes comprenderán con mucha aproximación dado los tiempos que corren. Al mismo tiempo los pueblos bárbaros se abrían paso en las fronteras y superaban día a día los romanos, en número, en belicosidad y en tácticas de lucha ya que eran consumados jinetes.

Diocleciano entre el 240 y el 305 de nuestra era, trató de salvar al país del caos, y en materia militar separó las actividades bélicas de los servicios públicos pues las legiones tenían asignadas tareas de construcción de caminos, puentes y acueductos. Por otra parte se otorgó asimismo, como emperador el mando supremo de las tropas y de alguna manera trató de distribuir mejor a los soldados, sin embargo, sus buenos oficios fracasaron, y pese a que exigía lealtad a su persona y a sus dioses, algunas religiones extrañas, sobre todo el cristianismo habían penetrado hasta sus hombres más cercanos, recuérdese el caso de San Sebastián, quien después de ser encumbrado oficial fue martirizado por órdenes del propio Diocleciano.

Era ya demasiado tarde, los romanos se vieron en la imperiosa necesidad de reunir a mercenarios bárbaros dada su tendencia demográfica a decrecer. En otras palabras, el valor, la lealtad, la austeridad y la fuerza que fueron virtudes que lograron en un principio hacer de los romanos los amos del mundo, se volvieron, con el abuso del poder en decrepitud, molicie, torpeza, ambición y corrupción lo que acabó por derrumbar como un castillo de naipes

todo su mundo, humillado entonces por otros pueblos nuevos que, al contacto con el cristianismo y la romanización, fueron los forjadores de las naciones de Europa.

Para entonces, de nada les valía a los romanos el recuerdo de sus mejores triunfos, las victorias festinadas en el Capitolio, su dominio en el uso de catapultas y arietes, sus tácticas de sitio y de defensa, su labor de zapadores, sus orgullosos emblemas de las águilas legionarias, todo esto quedaba atrás ante sus ciudades incendiadas, sus tropas destruidas y sus decadentes y titubeantes emperadores. Pero gracias a ese ejército romano antes poderoso y temido, pudo Roma extender su estilo de vida y podemos nosotros los juristas de hoy día sentirnos vinculados a ese cúmulo de civilización que es el Derecho Romano, ¡Cuántas ciudades de Europa se crearon en torno a los campamentos originales de los romanos, que pasaron de ser simples cuarteles para convertirse en prósperas colonias mercantiles! y ¡Cuántas semillas de culturización sembraron a su paso las legiones romanas!

Fue pues, el ejército romano, maquinaria de defensa y de ataque, de destrucción, de muerte, de crueldad y de rapiña, pero también avanzada de civilización y de desarrollo y hoy a las ciudades vencidas del pasado les queda el testimonio de majestuosos acueductos que señalan el paso de aquellos yelmos empenachados; pero en el fondo, a todos nosotros, herederos como antes dije del patrimonio de Roma, nos queda en el subconsciente el orgullo íntimo e inconfesado de sentirnos un poco romanos, ojalá que seamos capaces de imitarlos en sus virtudes que levantaron una gran patria, pero que reflexionemos a tiempo para no adquirir sus defectos que los hicieron perderla, esta reflexión es más importante cuando, como hoy día, el mundo parece aproximarse a una conflictiva peligrosa que tal vez sea definitiva y concluyente y en la que *deseamos* que el derecho y la justicia tengan al fin la última palabra.